

BIBLIA DE LA IGLESIA EN AMÉRICA



El CELAM presentó
el Nuevo Testamento

PLIEGO

Religión,
arte y
libertad de
expresión



Año 3 - Número 62 - 10 de agosto de 2013

Vida Nueva

UNA PALABRA COMPROMETIDA EN LA IGLESIA



Edición para el Cono Sur

LA CÁRCEL COMO UN HOGAR DE CRISTO

PEDRO OPEKA. Misionero argentino en Madagascar

"Dios me dio la mente, dos pies, dos manos, para que trabaje"

En la ciudad de Buenos Aires funciona uno de los penales federales más grandes de la Argentina. Allí, voluntarias del Hogar de Cristo acompañan y sostienen a muchos jóvenes consumidores de 'paco' que lo habitan privados



LA CÁRCEL DE DEVOTO COMO HOGAR DE CRISTO

MARCELO ANDROETTO

Devoto, en la frase de apertura, no es el barrio de clase media de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, sino la cárcel que forma parte de su geografía y

que, a menudo, lo identifica. Vido Nueva visitó este penal para compartir –y luego contar– el trabajo que realiza el Hogar de Cristo con los reclusos; un vía crucis de todos

los viernes con el objetivo de acompañar a aquellos que, a primera vista, llevan perdidos más de un partido por goleada, empezando por aquel de su adicción a esa droga de apodo simpático y efectos letales llamada paco.

Un puente

La pesada puerta de hierro divide el mundo en Bermúdez 2651. Para atravesarla hace falta ser un proveedor de mercadería, o un familiar de un detenido, o llegar con la humildad y la alegría de quien está disponible para sostener la vida de aquellos que momentáneamente viven del lado de adentro. Estela, María y Magdalena, voluntarias del Hogar de Cristo, golpean esa

puerta y se abre un mundo escondido.

“Para muchos, estos chicos son la escoria; nosotros queremos que sientan que la sociedad no los ha olvidado”, afirma Estela Bereau de Maggi quien, junto a sus compañeras –y a menudo también con su marido–, cada viernes a las 10 de la mañana repite el rito de visitar a aquellos jóvenes de los centros barriales erigidos por el Hogar de Cristo en distintas villas de Buenos Aires.

“También hemos ido a otras cárceles, a Ezeiza, incluso a Neuquén, pero de modo habitual venimos a Devoto, donde hay varios chicos que se estaban recuperando del paco y que han vuelto a

de la libertad. “¿Podrán ustedes vencer la muerte que los rodea?”, pregunta una catequista. Un recluso responde: “Te puedo decir que sí, y después salgo de aquí y me cruzo con alguien que me hace volver al mal camino...”

delinquir o lo hicieron por primera vez”, agrega Estela a la espera del “okay” para ingresar al penal. La intención de las voluntarias es officiar de “puente” entre esos jóvenes que están recluidos en la Unidad Penitenciaria Federal de Devoto y sus familiares que residen en las villas. “Por ejemplo, cuando la hijita de uno de ellos tuvo su bautismo, fuimos nosotros y después le mostramos fotos y le contamos cómo había sido”, cuenta.

Magdalena Alonso es la más joven del equipo. “Venimos a acompañar, sin pretender que el otro sea como uno pretendería que sea. Es duro, pero también es un gran aprendizaje. A mí me cambió la vida, me cambió la mirada completamente”, apunta.

María Molina de Saporiti suma su sonrisa y su voz: “La idea es hacerles saber que alguien se ocupa de ellos”.

Finalmente, la espera llega a su fin. Se pasa el detector de metales, se franquea otra puerta, que lleva a un patio interno, y luego otra, y otra, y con las “papelefas” en mano con los nombres de los jóvenes que –si los guardias lo permiten– dejarán su pabellón para el encuentro, por fin las voluntarias del Hogar comienzan a subir el camino del Calvario.

Vía Crucis en el penal

Después de varios recovecos, casi por sorpresa, se levanta una amplia capilla, a pocos metros del ingreso a los pabellones de máxima seguridad donde pasan sus días y sus noches unos 1.700 reclusos. El templo de paredes blancas, algo descascaradas, y de bancos de madera espera por la celebración de

alguna misa. Y también es el espacio donde se produce el encuentro de los internos con las voluntarias del Hogar. De a uno, ellos se van acercando. Cinco en total. Es Viernes Santo: difícil que exista en el calendario otra fecha tan simbólica como ésta puertas adentro de una cárcel.

El encuentro con los chicos –todos mayores de edad– pasará por dos fases claramente diferenciadas: primero habrá tiempo para saber cómo están, qué necesitan, cómo están incubando la vuelta a las calles, que en algunos casos se demorará un puñado de meses, en otros quién sabe. Y mientras tanto se comparten unas facturas, una rosca de pascua, unas bebidas gaseosas. A medida que los muchachos van apareciendo por la puerta, se percibe la alegría de unos y otros por el reencuentro. Las voluntarias los reciben con calidez y a ellos se les ilumina el rostro.

En la segunda etapa, habrá catequesis. Alguna canción, una oración compartida y también trabajo para hacer: que cada uno pegue sobre una cartulina una cruz con la imagen de Jesús, y escriba en ella qué le inspira esa imagen en su caso en concreto y a qué se compromete. Y entre todos se comparte. Está claro que cuando uno está preso, las astillas de la cruz no se imaginan, se sienten sobre la propia espalda.

“Tuve suerte; sigo vivo”

G irrumpe en escena, vestido a la moda y con la vista cansada. “Creo que necesito unos anteojos para descansar la vista”, comenta, y entre risas se prueba un par de una de las voluntarias. En su primer año en Devoto, G sigue pensando en sus sueños incumplidos. Y por eso estudia dentro del penal materias como contabilidad, biología, inglés, entre otras. Se siente

“colgado”, porque tiene tres causas pendientes y sobre él ya pesa una condena por tres años. “El abogado hace tiempo que no me llama”, se lamenta.

F irá a juicio en octubre. Y afirma que extraña a Uma, su nena de tres añitos. También está haciendo el Ciclo Común Básico de la Universidad de Buenos Aires desde el penal. Se acercó al Hogar de Cristo a través de su hermana, quien organiza retiros espirituales y fue a Río de Janeiro al encuentro del Papa Francisco con los jóvenes, en 2013. El deseo de F es cambiar de vida una vez que deje el penal: “Quiero ser radiólogo”, sostiene. Con todo, es consciente del riesgo que entraña “chocar con la calle” una vez que deje Devoto. “No sé si voy a querer agarrar de nuevo lo más fácil o hacer algo distinto”, confiesa. Y después de reflexionar un momento, agrega: “Me gustaría ejercer de padre, quedarme algunos meses con mi hija. No quisiera que en el futuro ella diga ‘mi papá es un chorro’ –ladrón–”.

G suscribe las palabras de F. “Nos encanaron –encerraron– casi al mismo tiempo”, relata, y también, como su compañero de prisión, tiene reminiscencias de esos momentos compartidos con su hija, cuyo nombre, María, lleva tatuado sobre la piel. Tienen otras cosas en común. Aseguran que una vez que se convirtieron en padres dejaron de drogarse. Y que posteriores problemas con sus parejas los llevaron a reincidir. “Cuando volví al escabío –al alcohol– y la marihuana, supe que algo malo iba a pasar”, se reprocha. ▶▶



María Molina, Magdalena Alonso y Estela Bereau



LA CÁRCEL DE DEVOTO
COMO HOGAR DE CRISTO

►► Y llega la catequesis. "Jesús venció a la muerte al entregarse en el Monte Calvario. ¿Podrán ustedes vencer la muerte que los rodea?" La pregunta de las voluntarias gatilla respuestas crudamente sinceras. "Te puedo decir que sí, y después salgo de aquí, y me cruzo con alguien que me hace volver al mal camino. Esto me hace pensar un montón...", admite G. "¿Muerte?", se pregunta retóricamente F y se contesta: "A mí me quisieron matar varias veces". G también estuvo cerca de dejar huérfana a su hijita. "Tuvo suerte, el 'ángel de la muerte' no me llevó. Por eso sigo vivo".

Camino de cruces

T se suma a la reunión después de comenzada, al igual que S y que N. Llegaron justo a tiempo para reflexionar sobre las cruces propias. "Para mí, son las ganas de compartir con otros, la desolación de cuando me siento solo. Pero acepto la realidad: es lo que me tocó", comparte. S se refiere a la cruz de otros a quienes conoció en este tiempo en Devoto. "Hay muchos que salen y después vuelven a ingresar", observa. Celular de última generación en

mano ("veo películas, sobre todo comedias"), N argumenta: "Todos cargamos con una o más cruces". G se suma a la charla y complementa: "A veces cargamos con la cruz de toda la familia".

G conoce bien el juego de las diferencias: "Jesús era inocente; fue una injusticia que lo clavaran en la cruz. A él lo había enviado Dios. En nuestro caso es diferente; nos lo merecemos".

Estela, María y Magdalena escuchan con oídos atentos y con corazón generoso, y proponen una y otra vez una mirada distinta sobre una realidad dura, que permanece velada para la mayor parte de ese genérico que llamamos sociedad. "¿Por qué no ponés el foco en tu hija, y buscás estar con personas que te tiren para adelante?", aconsejan. Y se conversa sobre la condena social que pesa sobre ellos y sobre el Buen Ladrón. Y preguntan qué escribió cada uno en su cartulina con la cruz. En otras palabras, qué pueden "poner en la cancha" para llevar mejor su cruz. "Pensar antes de actuar, hacerme cargo de mis errores", dice G. "Ser más flexible, más humilde, tomar mis propias decisiones", se sincera F. Y el resto desgra-



Formación para jóvenes en recuperación en la Granja Madre Teresa

na, como si fueran cuentas de un Rosario imaginario, las cruces reales que tratan de sobrellevar: la falta de libertad y de perdón, el orgullo, la droga, la soledad.

El reloj dio tres giros de 60 minutos y llega el momento de la despedida, hasta el próximo viernes. La Pascua de Resurrección está a la vuelta de la esquina y entonces cantan a coro, con timidez, "Señor de Galilea".

Un oasis en el desierto

Casi todos se quejan de que sus seres queridos van poco a visitarlos, o que casi no los llaman. Las voluntarias reparten unos huevos de pascuas y les dejan la inquietud de que reflexionen en los próximos días sobre la Resurrección de Cristo. G deja una última frase. "A veces no sé qué quiero. Esto no lo quiero, pero es lo que conocí y me acostumbré". F afirma que hará la tarea. "Aquí, si hay algo que nos sobra, es tiempo", dice con una pizca de ironía y mucho de verdad.

Antes de que la pesada puerta de hierro se vuelva a abrir para dar paso a la "vida

de afuera", las voluntarias del Hogar de Cristo hacen profesión de su fe y de sus motivos para entregarse en cada encuentro con aquellos que viven en el desencuentro. "Hay que aprender a sobrellevar la frustración, sobre todo al principio, cuando uno se confronta con situaciones muy duras", manifiesta Magdalena. "Trabajamos con los vínculos, para que no queden aislados dentro de estas paredes. Y que en lo posible esta situación no se repita con sus hijos", apunta María. Y cierra Estela: "Tengo claro que no vengo a salvar a nadie; vengo más a aprender que a dar. Sé que es muy difícil, pero igual confío en la Misericordia. Siempre me gustó trabajar con los márgenes. Al sistema carcelario no lo podemos modificar, pero sí podemos poner nuestro granito de arena ante una situación de desamparo terrible".

Bien mirado, el trabajo del Hogar de Cristo, más que a un granito de arena, equivale a un oasis con agua fresca en medio del desierto. En la vida, no todo se trata de "la gloria o Devoto".

ENTREVISTA

Gustavo BARREIRO

PRESIDENTE DE LA COOPERATIVA DE ACOMPAÑANTES DE USUARIOS DE PACO

Bajo el influjo de Francisco

“E l desafío del paco es el más grande que tiene la Argentina en este momento. Nos ha llevado más vidas que la última dictadura”. Gustavo Barreiro sabe de lo que habla. Es el presidente de la Cooperativa de Acompañantes de Usuarios de Paco (AUPA), el equipo externo del Hogar de Cristo que se encarga de atender las cárceles, los hospitales, los casos más difíciles que no cuadran con un acompañamiento grupal.

Misionero laico y padre de dos hijos, Barreiro es conocido como "el hermanito", apodo que refleja su hábito de dirigirse a sus interlocutores con esa expresión, a la vez cercana y cálida.

"El paco es cocaína fumable, no hay una única receta, se hace con una serie de productos altamente adictivos que provocan un momento de euforia rápido y enseguida la disforia. A diferencia de la marihuana, necesitás volver a consumir pronto porque el bajón que te da es rápido y cuando te das cuenta ya llevás mucho tiempo consumiendo y haciendo un montón de 'macanas'", describe con su estilo directo.

La pasta base elaborada con residuos de cocaína es una droga de bajo costo, lo cual potencia su inserción en barrios de pocos recursos económicos. Desde hace años viene haciendo estragos en las villas del Área Metropolitana de Buenos Aires y con rapidez va extendiendo sus tentáculos al resto del país y del continente.

Ante semejante panorama, siete años atrás, cuando el papa Francisco era todavía el cardenal Jorge Mario Bergoglio, el Hogar de Cristo vio la luz en Argentina. En Semana Santa de 2008, Bergoglio celebró misa en la Parroquia Virgen de Luján y recordó el gesto de Jesús lavando los pies de seis chicos que estaban en el consumo de paco. Poco después abrió sus puertas el Centro Barrial san Alberto Hurtado, para ayudar a los adictos de la Villa 21-24 en Barracas, donde el padre "Pepe" Di Paola oficiaba de párroco. Luego le seguirían los centros de la Villa 1-11-14, en el Bajo Flores, y la Villa 31, en Retiro.

El hermanito recuerda esos momentos fundacionales. "Dijimos: 'Vamos a intentar costar con esto y hacer un



Voluntarios del Centro Barrial san Alberto Hurtado acompañados por el cardenal Bergoglio (2009)

plancito'. Bergoglio se reunió con un grupo de voluntarios y la idea fue trabajar cuerpo a cuerpo en las mismas villas. Porque internarse para superar la adicción no alcanza; quizá sea necesario, pero lo fundamental es que la persona arme un proyecto de vida sólido", recuerda.

Con el tiempo, el Hogar de Cristo se fue multiplicando en otras iniciativas, como las granjas donde se internan los jóvenes que, luego de iniciar un camino de recuperación en los centros barriales, deciden dejar por completo el consumo. O las viviendas amigables, un espacio con casas en donde sus habitantes conviven y trabajan mientras se afianzan en su recuperación de las adicciones. Más tarde nacieron los Grupos de Familiares, la Cooperativa y los Equipos de Acompañamiento, además de la inauguración de nuevos centros barriales en el conurbano bonaerense, siempre con la colaboración de profesionales de distintas disciplinas y la motivación esencial, evangélica, de ir al encuentro de las periferias existenciales.

"Cuando uno se pone a trabajar en estas cuestiones

es necesario hacerlo desde un lugar trascendente. Si no, habría que 'cerrar el boliche'. Todos creemos en Dios y eso siempre nos permite ver desde otra óptica el éxito y el fracaso. La cruz de Jesús nos motiva. Y como el Kung Fu Panda, nuestro alimento es el fracaso. No esperamos que las cosas vayan bien para crecer y seguir adelante. Y por eso seguimos", describe el Hermanito.

Según este misionero laico, el paco no debe ser visto como un problema de responsabilidad exclusiva de los gobiernos, sino de la sociedad en su conjunto. "Se van tomando algunas medidas, pero es como tratar de desribar a un elefante enfurecido con una honda. Hay mayor conciencia, pero es muy poco para semejante bestia", evalúa. Y advierte: "La media del consumo de paco en nuestros barrios es altísima".

Por eso, se necesitan más manos y más corazones dispuestos. Aquellos que quieran sumarse para el "cuerpo a cuerpo" en esta desigual batalla pueden informarse o contactarse a través de www.sin-paco.org, el sitio web del Hogar de Cristo.



Voluntarios del Hogar de Cristo junto con el padre "Pepe" Di Paola